

El escritor Augusto Roa Bastos ha compilado un gran volumen testimonial (que es al mismo tiempo acusativo) sobre **Las culturas condenadas**, recogiendo mitos, poemas, relatos y textos rituales de diversas culturas indígenas del Paraguay junto a una selección de ensayos de los principales antropólogos, extranjeros y paraguayos, que han trabajado en el país. Se trata de un resumen antológico de una tarea de conocimiento y preservación de las culturas indígenas que, aunque parezca imposible, no tiene más de cuarenta años de existencia y se ha hecho tropezando con inimaginables dificultades, en el momento mismo en que se agudizó la desintegración de esas culturas y el exterminio de las tribus supervivientes. Mientras que otras culturas más extendidas de América contaron prácticamente desde los tiempos de la conquista con atentos conocedores (la paradójica obra de fray Bernardino de Sahagún en México) y mientras tribus de las mismas familias lingüísticas de las existentes en el Paraguay contaron en el Brasil con la portentosa recopilación de mitos emprendida por los padres dominicanos, de la cual se sirvió Claude Lévy Strauss para la obra más importante que se ha conocido hasta el presente interpretando el universo mítico americano, los cuatro tomos de sus **Mitológicas**, el Paraguay sufrió en estas disciplinas de las mismas trabas que vienen dificultando su expansión nacional, tal como claramente lo percibe en este libro León Cadogan.

El volumen se inscribe dentro de la actual pasión indigenista que ya nos ha proporcionado un buen conjunto de contribuciones junto a mucha declamación retórica, carente de seriedad y de auténtico respeto por las comunidades indígenas de nuestra América. Los macizos volúmenes dedicados por Fernando Benítez a **Los indios de México** se benefician de su escritura narrativa y detrás de ello tienen la tesonera obra de los antropólogos (la obra de Comas y el Instituto Indigenista Americano, Ricardo Pozas, Laurette Sejourne, etc.) que con menos arrebatos han cumplido una admirable tarea de recopilación cultural y de dignificación del indio. Del mismo tipo son las contribuciones que, paralelamente a su admirable obra narrativa, hizo José María Arguedas, dos de cuyas recopilaciones de artículos yo mismo preparé: **Formación de una cultura nacional (Siglo XXI)** y **Señores e indios. Acerca de la cultura quechua (Calicanto)**, con el fin de mostrar la integridad y el auténtico conocimiento que tuvo Arguedas de la vida indígena, bien lejos de este abuso ignorante y este palabrerío de café que ha invadido los cenáculos a la moda.

Bien se ha dicho que América ha conocido tantos movimientos indigenistas como generaciones han existido desde la Conquista y el análisis de muchos de ellos, cuyos textos tremolantes conservamos junto a las obras que realmente cumplieron, autoriza cierto escepticismo sobre esa moda recurrente. En un ensayo del año 1974 "El área cultural andina (hispanismo, mestizaje, indigenismo)" publicado en **Cuadernos Americanos**, procuré deslindar la significación social y política del más famoso movimiento indigenista de nuestro siglo, el peruano de los años veinte, y me alegra ver ahora que un crítico de la fineza de Antonio Cornejo Polar (autor del mejor libro que tenemos sobre José María Arguedas) coincide en líneas generales con la interpretación propuesta. Los indios no sólo han sido atrozmente tratados por los conquistadores y con no menor saña por las arrogantes repúblicas independientes después de la Emancipación, sino que frecuentemente han sido objeto de manipulación política orientada a otros fines y a los intereses de otros grupos sociales. Las persuasivas explicaciones que el ponderado historiador peruano Pablo Mancera ha hecho para explicar la insólita situación de que los indios pelearan contra los ejércitos criollos, junto a los generales españoles, en la batalla de Ayacucho, son extraordinariamente lúcidas y nos retrotraen a la situación aislada en que se vieron cuando la rebelión de Tupac Amaru a la cual fueron impelidos por los propios sectores criollos que los utilizaron como elemento de su pugna económica contra la metrópoli y, alarmados luego, los abandonaron contribuyendo a su derrota.

No fue esa la única traición que conocieron, sino una

Las Culturas Condenadas y Triunfantes

Ange

revolución, hay una gran línea del pensamiento hispánico que edifica la crítica a la realidad en que vivían, tan alejada de las caritativas leyes dictadas por la Corona. Y si bien es cierto que España actuó inicialmente con un sentido humanitario profundo atestiguado en la famosa carta del 16 de abril de 1495 en que los Reyes suspenden la inicial venta de esclavos indios rompiendo con todas las tradiciones europeas en la materia y si bien es cierto que la obra de los jesuitas cuenta entre los orgullos de la Orden, no hay nada más atroz que la cotidiana experiencia del tratamiento infligido a los indios traducido en un genocidio junto al cual parece nada el de los judíos en los campos de exterminio nazi. Poseemos abundantes y cínicas justificaciones (que así se ven ostensiblemente hoy) de las sevicias a que fueron condenados, pero poseemos también las orgullosas proclamas redimiéndolos en épocas de la Emancipación y bien sabemos que, como las Leyes de Indias, no fueron sino papel impreso, materia para discursos caritativos plenos de autosatisfacción, para esa operación que ha visto agudamente Carlos Marx, cómo los sectores que intentan obtener el poder se sirven de las reclamaciones de los estratos sometidos, se dicen sus intérpretes y los olvidan al día siguiente de haber vencido a sus enemigos.

El indigenismo de hoy es también político, snob y tremolante, pero respecto a otros anteriores ha avanzado un grado de maduración mayor por obra de varias generaciones de tesoneros antropólogos que son quienes han recogido el mayor conjunto de materiales y han construido un cuerpo doctrinal sólidamente fundado en favor de la existencia de plurales culturas, reconociendo su validez autónoma, la importancia de sus internas aportaciones, la riqueza de sus invenciones. Del mismo modo que no hay razas superiores a otras intrínsecamente, no hay culturas mejores que otras, sino diferentes y aún nos es dable reconocer en aquellas a las cuales no pertenecemos virtudes que han desaparecido en la nuestra. Desde la obra de L. White, la antropología cultural, sobre todo en los países anglosajones, ha hecho conquistas admirables en el campo del conocimiento y

academia
de dibujo y pintura

Para niños y adultos. 3 horas una vez a la semana. Horario

P@8 niños y adultos. 3 horas una vez a la semana. Horario

Culturas condenadas en infantes

l Rama

nos ha dotado de una nueva perspectiva que espléndidamente ha analizado Lévi Strauss en su volumen **Raza y cultura** que hoy pertenece al segundo tomo de su **Antropología estructural**. Aunque rezagados respecto a este desarrollo, los antropólogos latinoamericanos han venido trabajando con una manera original que permite confiar en la riqueza de su contribución. Aún no disponemos de un panorama tan amplio como el monumental **Handbook of South American Indians** que dirigió Steward para la Smithsonian Institution en 1946, ni los gobiernos o universidades parecen muy dispuestos a contribuir a estos estudios, pero contamos con un equipo que une a su preparación intelectual un sentimiento nacional latinoamericano que no deja de ser importante en este campo, sobre todo habida cuenta de lo que en la compilación de Roa Bastos, nos cuentan Bartolomeu Meliá y Christine Münzel sobre los peligros del comportamiento inhumano y exclusivamente profesional de algunos antropólogos.

La confluencia de ese equipo extranjero y nacional es visible en los estudios que ha reunido Roa Bastos en **Las culturas condenadas**. Junto al inicial Jean Belaieff, la tesonera Branislava Susnik, los Grünberg que continúan la que fue sorprendente tarea de Dobrizhoffer, el sacerdote jesuita del XVIII, los Münzel y los Clastres, ocupan un sitio de honor dos hombres abnegados. León Cado-

gan, que fue el patriarca de los estudios antropológicos y el hombre que conquistó la íntima amistad de las comunidades indígenas y su discípulo y enérgico continuador, el padre Bartolomeu Meliá. En todos ellos puede distinguirse una concepción admirativa y respetuosa de las culturas indígenas gracias a un conocimiento íntimo y prolongado (nada de visitas rápidas para escribir tesis o discursos), junto a una percepción moderna acerca de las formas de integración de los indios dentro de la comunidad nacional, respetando su idiosincrasia y facilitando su desarrollo propio. No hay texto en que, planteando este problema, no destaquen la sordera de los gobernantes y la inescrupulosa conducta de los hacendados. Los ingentes problemas que obviamente ofrece la integración de las comunidades indias a la vida nacional, ni siquiera tienen tiempo de exponerse y considerarse porque antes de llegar a ellos, hay que abocarse a obtener la preservación de sus vidas. "Hay que desestancar la sangre india" decía Martí hace casi un siglo, pero lo que se desprende de algunos de estos estudios es una urgencia anterior: Hay que preservar la sangre india.

La homogenización cultural que está en marcha en el mundo desde hace algunos siglos (sobre todo desde el XVIII) y de la cual participan casi por igual los más variados regímenes políticos y sociales de nuestro tiempo, ha acarreado la total extinción de innumerables culturas, primitivas o altamente elaboradas. Ninguna de las pregonadas virtudes de la homogenización cultural que vivimos justifica el empobrecimiento que nos ha acarreado tantas pérdidas. La lectura de los textos agrupados por Roa en la segunda parte de su libro (cuya transcripción, anotación y explicación es a veces defectuosa y frustrante en la lectura) arroja nueva luz sobre las riquezas que perdemos en este proceso de igualización y mediocrización que padecemos. No se trata aquí de obras como el *Popol Vuh* maya, ni los cantos de Netzahualcoyotl, ni siquiera *Dioses y hombres de Huarochirí* que tradujo Arguedas y cuya edición moderna preparé para Siglo XXI (1974), sino de un testimonio actual, vivo, de la fluencia cultural que anima a poblaciones pertenecientes a nuestra América contemporánea. Son nuestros prójimos que muestran sus vicisitudes y que, como entre harapos, guardan un tesoro resplandeciente, que sigue siendo envidiable. Roa Bastos, en su ardiente prólogo, compara estos cantos con toda la literatura paraguaya de siglo y medio de existencia republicana y debe convenir que la vencen en imaginación, autenticidad, profundo sentimiento de la vida. Esa experiencia la hemos hecho todos comparando los tesoros del arte indio de los museos con el arte que los conquistadores hicieron por mucho tiempo, reconociendo honradamente el arrollador triunfo que conquistaban esos indios de las que fueron tenidas por inferiores culturas durante siglos, pero cuya coherencia, verdad y belleza sigue hablando desde las piedras talladas y desde esos poemas que no enmudecen. •

No fue esa la única traición que conocieron, sino una más en una serie tan larga que prácticamente se confunde con su existencia desde la Conquista. Incluso la situación dual que conocieron siempre bajo el poderío español y portugués, explica una ancestral retracción ante cualquier proposición, aparentemente en su beneficio, que se les haga, conociendo bien la recurrente manipulación de que han sido objeto. Se olvida frecuentemente que "la leyenda negra" sobre el trato dado por los españoles a los indios, no fue invención de envidiosos extranjeros sino de los mismos españoles: de Bartolomé de las Casas en el XVI hasta el monumental informe de Juan y Ulloa, *Noticias secretas de América*, en vísperas de la